SERMON

PREDICADO

EL DIA 15 DE MARZO DE 1863,

DOMINICA 4.ª DE CUARESMA,

EN LA

STA. IGLESIA CATEDRAL DE CADIZ

POR

EL SR. D. SERVANDO ARBOLI,

PRESBÍTERO, BENEFICIADO DE LA MISMA, LICENCIADO EN SAGRADA TEOLOGÍA, PROFESOR DE HISTORIA ECLESIÁSTICA EN EL SEMINARIO CONCILIAR, SOCIO RESIDENTE DE LA ECONÓMICA GADITANA DE AMIGOS DEL PAIS, EXAMINADOR SINODAL DE ESTE OBISPADO.

Se imprime con licencia de la autoridad eclesiástica.

CADIZ.

LIBRERIA DE EDUARDO GAUTIER,
CALLE DE S. FRANCISCO, NUM. 25.
1863.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA,
CALLE DE LA BOMBA, NÚMERO 1.
1863.

✠

¿Unde ememus panes ut manducent hi?
JOAN VI, 5.

¿De dónde compraremos pan, para que coman estos?

ILMO. SEÑOR.

Esta misma pregunta con que espresó su misericordia el Salvador de los hombres, es la que debo dirigir hoy al pueblo que me escucha para llenar cumplidamente los fines que me propuse. Teniendo que hablar del espíritu católico, indispensable, necesario, para que la penitencia no sea una fórmula inerme y una planta sin vida, urge muy mucho el conocimiento de la única institucion que puede conservarlo, por ser tambien la única en que depositó su palabra de vida eterna nuestro divino Salvador y maestro.

¿Dónde compraremos pan para que coman estos? es decir, ¿dónde hallarémos la inteligencia cristia-

na y el corazon puro y recto, en que se cifra toda la vida del espíritu? ¿Dónde buscarémos la verdad de que vive la inteligencia y el espíritu que sirve de alimento á nuestra alma? *Unde ememus?*

La cuestion es interesantísima, importante hoy mas que nunca, por lo mismo que se quiere negar á la Iglesia Católica el noble carácter de depositaria de la verdad y fiel guardadora del espíritu; y de aquí la necesidad en que nos hallamos de exponer la admirable economía de nuestro sistema, descargando todo el peso de la lógica mas severa sobre la filosofía irreligiosa, sobre la independencia en que quiere el hombre constituirse en lo concerniente á la fe, sobre las comuniones separadas del Catolicismo, que en el hecho mismo de su defeccion y apostasía destruyen la inteligencia, la verdad cristiana, y secan el corazon, el espíritu Evangélico.

El Cristianismo vive de la fe. Ella es la grande obra de Dios en el mundo. *Hoc est opus Dei, ut credatis in eum quem misit ille:* así habla nuestro Señor Jesucristo en el mismo capítulo que nos ofrece hoy la Iglesia; porque el milagro que nos refiere el Evangelista se dirige en último término á la demostracion palpable de la divinidad del Salvador, y á la leccion importante de que Él es el único que puede ofrecer á las turbas, esto es, al mundo, á la familia y al hombre, no ya el alimento del cuerpo, sino el manjar de sus almas, la ver-

dad que nutre la inteligencia, y el espíritu que vivifica el corazon, el verdadero pan del cielo, *panem de cœlo verum.*

Pero ahora como en aquellos tiempos se levantan pretendidos reformadores que llevan en pos de sí á la multitud insensata, cumpliéndose lo que el mismo Jesucristo nos dice en el capítulo que precede; *yo vine en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; si otro viniere en su nombre, á aquel recibireis.* Esto dice tambien la Iglesia Católica depositaria de la verdad y continuadora de la obra de regeneracion comenzada por el Verbo: Yo me presento en el mundo, ofreciendo á las turbas el alimento del alma, reformando la inteligencia por el depósito de verdades que conservo, y vivificando el corazon por el espíritu de santidad que me anima; y sin embargo, la sociedad no cree en mí, y busca el alimento en las miserables cisternas que ha forjado el racionalismo.

Cristianos, tiempo es ya de que oyendo los reclamos de una madre tan tierna y cariñosa, nos sentemos en el monte para recibir sus lecciones, así como las turbas lo hicieron para recibir del Salvador un refrigerio á su cansancio. Examinemos ligeramente el espíritu del Catolicismo, y verémos que él solo por medio de su admirable economía alimenta la inteligencia y da la vida al corazon, sostiene la verdad y fomenta el espíritu, al paso que la mal llamada reforma destruyendo el sistema

de autoridad, ni conserva la inteligencia cristiana, ni mantiene el espíritu Evangélico. *Unde ememus*, etc.

Imploremos los auxilios de la gracia, poniendo por intercesora á la Inmaculada Vírgen María, saludándola devotamente:—*Ave*.

PRIMERA PARTE.

De nada hubiera servido la restauracion por Jesucristo, si la inteligencia no fuese llamada á participar de sus dones, y si el corazon no depusiera sus torpes y groseros instintos para dar lugar á los purísimos afectos de la moral Evangélica. Sin estas dos condiciones, el hombre no se hubiera reformado, la sociedad no entraria en los caminos del Señor, ni la filosofía de la inteligencia humana podria ceder el puesto al gran sistema de la fe. Mejor dicho, Jesucristo no seria para nosotros el maestro Divino, la verdad infalible ante la cual enmudece toda lengua, el legislador supremo que impone á la humanidad un código sublime, infinitamente superior á todas las determinaciones humanas. Jesucristo seria un filósofo, pero no seria un Dios.

Ved aquí la razon en que podemos apoyarnos para enseñar como verdadero carácter del espíritu Evangélico, la inteligencia cristiana y el corazon

que debe seguir y acompañar las concepciones de aquella. Suprímase esta teoría y el Catolicismo se reduce á una fórmula; deja de ser un gran principio moral, social y político, y se convierte en una institucion mas baja, mas rastrera, mas pobre que todas las opiniones del hombre; no hay medio posible; es indispensable admitir ó la reforma de la inteligencia y del corazon cuando se trata del Cristianismo, ó suponer que esta religion divina es un cuerpo sin alma, una sombra, una fantasma, un cadáver miserable. Y decimos que no hay medio posible, porque concedido, como no podrá menos que concederse, que la Religion cristiana se presentó en el gran teatro del mundo para la restauracion del hombre bajo todos sus aspectos y en todas sus relaciones, no puede ni aun concebirse siquiera esta obra sin haber dado á la inteligencia y al corazon un nuevo giro en sus investigaciones y afectos; y si así no lo ha hecho, en vano el Hijo de Dios, inteligencia infinita, palabra substancial, se ha encarnado; en vano la Iglesia existe, y como quiera que Dios no puede realizar inconsecuencias, la Religion cristiana es algo menos que un sistema inútil como dije, es un plan irrealizable, es un absurdo metafísico.

Jesucristo es la verdad; *ego sum veritas*; Jesucristo es la vida, *ego sum vita*: pues bien, estos dos caractéres infinitos, substanciales, que lo distinguen y lo colocan á una altura inmensurable sobre la

humanidad prevaricadora, huérfana de la verdad y privada del espíritu, tienen que ser necesariamente el fondo del gran sistema cristiano, la piedra fundamental de la regeneracion humana, la base de todo el gran edificio levantado sobre los miserables y tristes escombros de la sociedad estraviada. Esa palabra de verdad ha de producir un eco grandioso en la mente de los hombres, y esa fuente de vida ha de ser el orígen fecundísimo de los mas puros afectos para los corazones helados, que en vano buscan descanso en las afecciones humanas y en los torpes sentimientos de la tierra. Esa verdad llenará de ideas sublimes la inteligencia del hombre, y esa vida se comunicará á su corazon para que sepa apreciar aquel tesoro y amar entrañablemente la misma verdad que se revela; digo amar la verdad, porque la verdad cristiana es verdad de sentimiento, es verdad infinita, es un don sobrenatural para cuya comprension es indispensable el amor. Amándola, venerándola, rindiéndose al peso de la fe, llegará el hombre á la confesion de aquella verdad que arrancó á las turbas el milagro que hoy nos refiere el Evangelio; *quia hic est verè propheta, qui venturus est in mundum.*

Y si así es en efecto, ¿dónde se conserva esa inteligencia? es decir, ¿dónde, en qué institucion se guardará fielmente la palabra del Señor, y con ella los derechos del hombre nunca mejor defendidos que cuando triunfa la verdad divina? ¿A quién acudi-

rémos nosotros para esplotar ese tesoro y enderezar nuestra mente á su verdadero destino? ¿A quién prestarémos nuestro asenso en materias de fe, seguros de que en ello no hacemos mas que seguir las inspiraciones del Salvador y llenar los planes de su providencia? ¿*Unde ememus?* ¿Dónde comprarémos pan para que coman las turbas?

Cristianos, dice el Evangelista, que nuestro adorable Salvador profirió estas palabras, no porque ignorase lo que habia de hacer, esto era imposible, sino con el fin de probar á su discípulo. Pues bien, esta misma es la conducta seguida por la Iglesia, única depositaria de la verdad por ser tambien la única que mantiene el principio de autoridad emanado de Jesucristo: ella dice á la razon humana como madre cariñosa que oculta á su hija querida el regalo que le guarda, *unde ememus*. Ya se vé! la razon humana, la filosofía, tal vez la reforma protestante le dice á continuacion lo mismo que el discípulo: *aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces;* como si dijera: aquí están mis sistemas, aquí mis derechos, aquí mis investigaciones, aquí mis adelantos, aquí mis progresos; pero no hay duda; ella misma se asusta al ver la necesidad de un pueblo tan numeroso, y se repliega y retrocede, y dice pero ¿qué es esto para tanta gente? *sed hæc quid sunt inter tantos*? confesion necesaria que arranca á la inteligencia del hombre la gran empresa de la ilustracion del mun-

do, la grande obra de la regeneracion humana.

Siempre la filosofía se consideró impotente para llenar las aspiraciones de nuestra alma, y siempre manifestó en sus sistemas por grandes, por atrevidos, por nobles que fuesen, la verdad de sus temores. Desde el oscuro nacimiento de la filosofía oriental hasta los últimos ecos y tonos groseros del racionalismo moderno, no se oyen mas que lúgubres lamentaciones en medio de vagos pensamientos. Los filósofos de Grecia y los que mas tarde en la orgullosa Roma sembraron ideas mas ó menos adecuadas, mas ó menos conformes con las verdades que conservaba la tradicion en el pueblo judío, único donde Dios era conocido, no hicieron mas que añadir una página á la historia de la inteligencia, y un nuevo desatino á la serie de los errores; ninguno de ellos reformó ni pudo reformar al hombre, porque ninguno de ellos basaba en la autoridad de la inteligencia infinita los cimientos de sus raciocinios; porque ninguno de ellos se fundaba en la unidad; porque no habia ni podia haber principios seguros, verdades fundamentales de aquellas cuya existencia es preciso conceder para levantar sobre ellas el edificio de la buena filosofía, y así vemos las horrorosas contradicciones en que se envuelven hasta los ingenios mas elevados, los hombres de mas carácter, los profundos pensadores que casi formaron el prólogo del gran sistema cristiano. Todo se afirmaba y todo se negaba á un mismo

tiempo; todo se discútia y de todo se dudaba, porque se dudaba tambien de las verdades primeras, y hasta llegaba el delirio á poner en discusion los derechos de la Divinidad sobre la obra de sus manos. Ay! no habia quien repartiera el pan á los pueblos porque faltaba la mision de Dios, sin la cual no puede el hombre imponer á otro hombre el catálogo de verdades, ni hacerle adoptar á pesar de su resistencia el código de las leyes. Es verdad que el hombre se rebelaba contra la autoridad de los filósofos y se reia de sus elucubraciones; pero yo no temo decir que era lógico en su rebelion, ya que por una parte la filosofía no presentaba títulos de autoridad, y que por otra veia miserablemente conculcados los primeros axiomas del comun sentido. Consecuencia de esto era la esterilidad de la filosofía, *quid sunt hæc inter tantos*, y téngase presente, que los mismos filósofos estaban en la conviccion de sus escasas facultades, y comprendian hasta qué punto podrian ejercer influjo en el pueblo; basta recordar la pusilanimidad, la frialdad, á veces la ironía con que sentaron sus proposiciones los escritores de Roma, cuando ya se habia perdido el carácter antiguo, y el águila se ocupaba en arrebatar los imperios, trayendo á sus hijos nativos la ponzoña de todos los errores.

Esta misma fué la suerte de la filosofía en todos tiempos, así como tambien lo ha sido de las sectas, que aplicando á las verdades religiosas el

libre exámen que Platon estableció como criterio en la observacion de la naturaleza, han destruido la verdad revelada despues del establecimiento de la Iglesia. Qué hizo el Neoplatonismo? qué bienes ha traido á la sociedad, qué verdades ha descubierto el racionalismo aleman, qué principios ha sostenido el eclecticismo en Francia, qué no han negado los libre-pensadores en Inglaterra? Ay! no han hecho mas que copiar miserablemente las páginas del paganismo, no han hecho mas que discutir lo que la Iglesia admitió siempre sin discusiones, sin necesidad de academias en que de todo, hasta de la misma duda, se ha dudado. Esto prueba un gran principio, esto nos demuestra á priori que la inteligencia humana necesita una autoridad en materia de creencias, necesita vivir fundada en la unidad, y exije imperiosamente la vida de una sociedad que sea el depósito de las verdades y la intérprete de su sentido; en una palabra, esto nos prueba que la Iglesia Católica es la sola que puede sostener con energía los derechos del hombre y proporcionar á la inteligencia el alimento que requiere.

La Iglesia encontró á la humanidad en un estado deplorable; vió que caminaba desmayada, como nuestro Salvador vé hoy á la multitud que le sigue, y compadeciéndose de ella abre sus tesoros y derrama sobre el mundo la verdad que vivifica, hace sentar á las turbas, es decir, le dice á la

sociedad que se detenga en su marcha, que se sosiegue, que le dará el refrigerio para rehacer las fuerzas perdidas; toma el pan en las manos, es decir, no consiente que la verdad salga de su seno, porque sabe muy bien que la verdad vive en la unidad y que la perdicion de la filosofía y con ella la de la inteligencia radica en la multiplicidad de sistemas independientes unos de otros, sin autoridad que vigile sobre ellos; *toma el pan como Jesucristo* y como Él dá tambien gracias, *et cum gratias egisset*, porque la Iglesia Católica sabe que su mision es de Dios, que ha recibido del cielo la potestad para la enseñanza, y el cuerpo docente eleva un cántico de gloria por ser el intérprete de la voluntad divina y el instrumento de la misericordia del Señor en medio de los hombres; y finalmente distribuye el pan á los que están sentados multiplicándolo milagrosamente, sí, porque la palabra de Dios es como el grano de mostaza que produce un árbol frondoso, porque la Divina palabra tal como la administra la Iglesia es necesariamente productiva, lleva gérmenes de fecundidad, pero no es la fecundidad de la filosofía, es decir, no engendra sistemas contradictorios, sino que se amolda á todo género de inteligencia, y en todas ellas siembra la misma verdad, los mismos principios, los mismos elementos, aunque de distinta manera segun las capacidades de cada una.

Ved, aquí, católicos, la gran filosofía de la Igle-

sia; su verdad nutre la inteligencia hasta donde ella puede ser nutrida, así como las turbas comieron lo que querian *quantum volebant*, y todas participaron de los mismos manjares, no así la verdad que se separa del centro de unidad Católica; ella se multiplica es cierto, pero en la multiplicacion cambia de naturaleza, segun la inteligencia de cada individuo, como sucede con el sistema del espíritu privado en el protestantismo, segun el cual varia necesariamente la verdad y se supone como principio fundamental el mayor de los absurdos que es admitir distintas y diversas opiniones acerca de la verdad única, todas con los mismos derechos, todas con igual sancion, todas con idénticas pretensiones.

Pero nos dice tambien el Evangelista que despues de haber satisfecho nuestro Divino Salvador la necesidad de las turbas, mandó recoger los fragmentos y se llenaron doce canastos. Hé aquí el carácter de la verdad en la Iglesia; no solo se satisface la inteligencia del hombre con la predicacion de un sistema fundado sobre la fe, sino que esa verdad produce ópimos frutos, y ya satisfecha la inteligencia, se recojen los fragmentos, es decir, hay verdad de sobra, el tesoro no se agota, siempre quedan principios saludables para alimentar á los pueblos, siempre quedan venerables tradiciones, siempre hay materia para satisfacer cumplidamente los deseos del hombre sabio, siempre presta auxilio

á la civilizacion, fomentando el estudio, empujando el verdadero progreso, enseñando á la juventud, formando sabios que han sido la admiracion del universo, y que han ilustrado con su saber vastísimo todos los ramos de los conocimientos humanos, y esto ¿con qué? con los fragmentos, con los restos de verdad que se mueven por decirlo así en medio de la sociedad humana, despues de haber alimentado á las turbas con el pan de la palabra eterna.

Basta, Católicos; ya podemos comprender que solamente en la Iglesia se conserva la inteligencia cristiana porque ella sola mantiene el principio de autoridad, indispensable para que viva la verdad en el mundo y condicion necesaria sin la cual el cristianismo es una de tantas opiniones nacidas de la inteligencia: claro es que si queremos participar de la verdad, tenemos que recurrir á ella, tenemos que recibir del Salvador de los hombres el pan que distribuye, acompañando tambien aquella confesion ingénua que arrancó á las turbas el milagro de hoy, *quia hic est veré propheta.* La Iglesia Católica no nos refiere el milagro del Salvador para que nos contentemos con meditarlo, no, así como tampoco Jesucristo lo hizo para apagar el hambre de unos cuantos desvalidos. Ni en la vida del Salvador hay un hecho siquiera que no se encamine á la salvacion del linage humano, ni en la Iglesia hay una determinacion que no esté regida por el mismo espí-

ritu; partiendo de este principio, debemos conocer que el único modo de corresponder á la gracia con que el Señor nos brinda, es sentarnos humildemente para esperar sus dones y recibir sus enseñanzas, oir á la Iglesia Católica, someter nuestro juicio á sus decisiones, pero no como quiera someterlo, sino convencernos de que solamente en la sumision consiste el espíritu cristiano que debe regir nuestra vida. De lo contrario, no oiremos á la Iglesia como nos manda Jesucristo, y no oyéndola, séremos *como gentiles y publicanos* segun Él mismo nos lo dice.

Pero, bien; ¿no podremos satisfacer á nuestra inteligencia con la luces de la razon propia, examinando la doctrina del Evangelio sin necesidad de someternos á la autoridad del Catolicismo? ó lo que es igual, ¿no puede conservarse la inteligencia cristiana fuera de la Iglesia Católica? no puede; digo mas, si pudiera, el cristianismo seria absurdo, porque la verdad que se fracciona es una verdad fantástica; y una de dos, ó las sectas tienen autoridad ó no la tienen, si no la tienen queda en pié nuestra proposicion; si la tienen, todas participan de ella, *idem licuit valentinianis quod Valentino*, diré con un Santo Padre; y en este caso ¿cuál será la verdadera? Ah! la verdadera es la negacion de todas las verdades, la contradiccion del comun sentido y la apostasía universal elevada á tésis en la humanidad desgraciada. Que se presenten los filósofos

que se crean con derechos á impugnar la autoridad de la Iglesia Católica; no podremos admitirlos sin que nos manifiesten sus credenciales, sin que nos prueben evidentemente que han recibido de Jesucristo la mision para enseñar, y sin que nos demuestren que la Iglesia ha variado su doctrina, que no predica hoy lo que ayer, lo que siempre, lo que recibió de Jesucristo, único caso en que la palabra *Reforma* tendria explicacion pasadera.

Pero no, cristianos, estad seguros que no os presentarán estos títulos, mas en cambio os dirán que sois libres, que no debeis sujetaros á la autoridad de la Iglesia, y que por otra parte, ellos conservan la doctrina en los libros de la Santa Escritura. En cuanto á lo primero, contentémonos con replicarles que la *libertad* fuera de la *verdad* no es un derecho, porque el hombre no tiene ni puede tener derechos para las negaciones, sino para las afirmaciones, y no hay afirmacion posible ni verdad consistente cuando la grande afirmacion de la *autoridad* se destruye. Entonces no hay mas que duda, y la misma libertad se convierte en un principio cuestionable. En cuanto á lo segundo, pruébennos que ellos son los verdaderos depositarios de la palabra escrita y entonces asentiremos á sus pretensiones. Mientras tanto, mientras que confiesen como se ven obligados á hacerlo que el depósito de verdades lo han recibido de la Iglesia Católica, tenemos el derecho, tenemos la obligacion de creer al catoli-

cismo, y de sacudir el yugo de un hombre miserable nacido ayer, prostituido, mil veces refutado, y dividido en mil fracciones, para recibir el suave yugo de la verdad que vivió siempre, de aquella á quien Tertuliano apelaba como la prueba mas convincente de la falsedad de la herejía, de aquella que servia de escudo á San Ireneo para refutar los nuevos errores, de aquella en fin, que mostrándose hoy en la misma pureza de su nacimiento, sin haberse adulterado, sin haber consentido divisiones en su seno, sin haber transigido con los novadores apóstatas, ofrece á las turbas el alimento de su inteligencia.

Pero esto no es suficiente para constituir el espíritu cristiano, como el corazon no participe tambien de igual reforma. ¿Dónde hallaremos el alimento del espíritu, *unde ememus?*

SEGUNDA PARTE.

En el cristianismo están íntimamente ligadas las dos vidas, de la inteligencia y del corazon, de tal manera que una sin la otra carece de apoyo, de fundamento y de corona. Para reformar por completo el mundo y la sociedad, no bastaba predicar una doctrina nueva y sublime, era preciso renovar el corazon inspirándole nobles sentimientos, sin lo cual el hombre no hubiera podido llenar el destino

señalado por la Providencia. Yo no temo decir que á la filosofía le faltaba además de la unidad, como ya hemos dicho, la vida; que no podia satisfacer cumplidamente las aspiraciones del alma, ni ejercer un influjo directo y poderoso en la moral de las acciones, ¿de qué sirven los mas atrevidos pensamientos, las imágenes mas bellas, las concepciones mas sublimes, cuando no pasan de teorías? podrán aspirar sus procreadores al noble título de amigos de la humanidad y de antorchas que la dirijen á la asecucion de su verdadero destino? imposible. Pero nuestro Señor Jesucristo, comprendiendo en su pensamiento eterno y substancial la grande obra de la regeneracion humana y abarcando en su seno todas las necesidades sociales, se dirige tambien al corazon del hombre para reformar sus afectos, así como planta en la inteligencia la única verdad salutífera; *ego sum vita*; yo soy la vida; no basta conocer la verdad, es preciso vivir de ella, entrañarse en ella, abrigarla en el corazon, *ego sum vita*; no basta conocer á Jesucristo, es preciso amarlo, mejor diré; sentirlo, gustarlo, *ego sum vita*; conocer á Jesucristo y no vivir su misma vida en la mitad del sistema cristiano, es conocer en Él á un hombre, pero no es adorar en Él á un Dios, *ego sum vita*; Dios no puede contentarse con el homenaje de la inteligencia, pide el corazon, y tan cierto es esto, que la última súplica que dirigió el Salvador á su Eterno Padre fué porque la huma-

nidad viviese la misma vida de Dios, participando de ella en cuanto es posible á la naturaleza finita.

Se nos refiere en el mismo capítulo, que despues de haber encontrado las turbas á Jesus en la otra parte del mar de Tiberiade, fueron reprendidas por el Divino Maestro que les echó en cara lo buscasen únicamente para saciar sus necesidades; y por último les dice, *trabajad no por la comida que muere, sino por la que permanece para la vida eterna: operamini non cibum qui perit, sed qui permanet in vitam æternam.* Despues de estas palabras empieza la sublime leccion á que se referia el milagro de los panes y peces, y en la cual anuncia nuestro Señor Jesucristo la grande obra que habia de realizar en el mundo, dándose Él mismo en alimento á los hombres. No pasemos adelante; aquí tenemos ya dibujada la reforma del corazon humano, como complemento de toda la obra del cristianismo. No basta prestar el asenso á las verdades de fé, es necesario vivir de ellas, es necesario que la ciencia pase de la teoría á la práctica, del pensamiento á la ejecucion, que el alma se llene del espíritu Evangélico y empieze á vivir identificada con Jesucristo.

Este plan es lógico, racional, y necesario. Es lógico, porque supuesta la mision del Salvador no podemos darle en nuestra imaginacion un complemento adecuado sin que la teoría del sistema se reduzca á la práctica; y es necesario, porque si la

vida del hombre no es la expresion del cristianismo, en vano se encarnó el Verbo; bastaban los filósofos para añadir nuevas expeculaciones á la historia de la inteligencia.

No puede ni aun concebirse siquiera que hayan leido el Evangelio los que admiten la suficiencia de la fé para llenar las miras del Salvador; precisamente en el carácter práctico que tienen sus lecciones, se distingue ese libro admirable de todos los productos de la ciencia, precisamente porque el Salvador predicó una doctrina contraria á las pasiones, sostuvo con los fariseos aquella lucha que terminó en el gran sacrificio del Calvario; precisamente en la novedad de su doctrina santa por esencia, se encuentra una de las pruebas mas fuertes de su mision Divina, porque la inteligencia jamás pudo expresarse de aquella manera, ni en el órden y natural sucesion de los hechos cabia la predicacion de tales máximas en una época desgraciada en que hasta la probidad que pudo en otro tiempo distinguir á los gentiles habia desaparecido de la tierra. Aunque no tuviéramos otros testimonios de la Divinidad de Jesucristo, este hecho bastaria para ganarle nuestra adoracion y hacer que nos rindiéramos á sus plantas.

Ahora bien; ¿dónde se conserva la vida del espíritu? dónde buscará el hombre el alimento para su corazon? *unde ememus*? solamente en la Iglesia Católica, porque el corazon lo mismo que la inteli-

gencia vive de autoridad, vive de unidad, y todo lo que sea separarlo de ese centro es entregarlo en manos de las pasiones y convertir en presa del enemigo el don mas acepto en la presencia del Señor. Hé dicho que el corazon vive de autoridad y que por este motivo no puede recibir alimento fuera de la Iglesia, mas ¿no es una contradiccion afirmar que el amor vive en esclavitud, cuando el sentimiento debe ser libre y en esa misma libertad consiste la razon de su precio? no, Católicos, porque los afectos tienen leyes lo mismo que la inteligencia, leyes que no coactan por cierto las espansiones del alma, antes bien las extienden, las nutren y las vivifican; ¿cuándo es mas seguro y mas dulce el amor que cuando se mueve en el círculo de los deberes, cuando se lanza al sacrificio, cuando conoce en la abnegacion la ley fundamental de la vida del espíritu, cuando sabe, en una palabra, que sacrificándose, amando hasta el sacrificio, obedece hasta el heroismo, que es obedecer amando? Ved aquí como la Iglesia eleva la teoría del amor hasta sus últimas consecuencias, y no solo no se contradice cuando fija leyes al corazon, sino que formula el sentimiento íntimo que abrigamos de que no hay amor posible sin haber objeto digno de cariño, y este no se encuentra fuera del espacio que mide el círculo del Cristianismo. Esta filosofía con ser tan noble y tan sencilla al mismo tiempo, no la pudo redactar sino él Salvador de los hombres, y nadie la

ha sabido sostener sino la Iglesia fundada por él mismo para mantener los derechos de Dios y con ellos los de la conciencia, nunca mas libre que cuando obedece, y nunca mas esclava que cuando se proclama independiente.

La Iglesia Católica conserva la vida del espíritu, por ser tambien la que une la inteligencia infinita con el hombre. En efecto, no se limitó nuestro Señor Jesucristo á ofrecer á las turbas el alimento del cuerpo, sino que elevándose á la contemplacion de las necesidades del alma, prometió á los discípulos darse á sí mismo en alimento, ó lo que es igual, quiso que la ciencia infinita, el Verbo, comunicado al hombre constituyese la vida y formase el espíritu de la nueva religion que habia planteado sobre la tierra, y que no hubiese otro medio de comunicacion con el eterno Padre que la participacion del Unigénito, y que de la misma manera que Él recibió la mision del Padre eterno y vive por Él, así tambien el que lo comiese viviera de Él, se identificara, por decirlo así, con la naturaleza infinita. *Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem; et qui manducat me et ipse vivet propter me.* No puede dudarse que nuestro Señor habla de la real y verdadera participacion de su carne y sangre en los versos que preceden y que siguen á estas palabras, como se deduce lógicamente de todo el contesto y del sentido en que lo comprendieron

los judíos, porque se refiere que al oir tales expresiones se escandalizaron como teniendo por imposible lo que estaban oyendo.

Pero dejando aparte estas consideraciones y atendiendo únicamente al espíritu que se revela en las palabras del Salvador, no puede dudarse que el plan era grandioso, sublime, eminentemente filosófico, porque ¿qué cosa mas natural sino que ya conocida la verdad, se asimile por decirlo así á nuestra naturaleza y vivamos de ella? por ventura no es este el medio mas á propósito para que no suceda con la verdad Evangélica lo que con todas las opiniones y sistemas, que no pasando de teorías no pueden tampoco ejercer ningun influjo en las costumbres? seguramente; pues hé aquí el magnífico plan que realizó nuestro Salvador Divino, dándose á sí mismo en alimento á los hombres; de esta manera creó la vida de la inteligencia y la arraigó en el corazon haciendo que pasase de meras especulaciones al terreno de la práctica, que no solo se regenerara la inteligencia humana, sino que se reformase el corazon participando de la verdad Divina, y no como quiera gustando sus dulzuras, sino comiéndola, bebiéndola, asimilándosela por la Eucaristía.

Consecuencia de este plan es la reforma completa del órden moral, la renovacion del ser humano, la santificacion de todos los afectos y la vida nueva sustituyendo á las antiguas prevarica-

ciones, porque el hombre unido con Jesucristo tiene que vivir tambien como Jesucristo, tiene que ser conforme á esa imágen, como dice San Pablo, y solamente los que la retraten en su alma podrán tener derecho á las promesas eternas.

Bien Católicos; pero esta vida no puede mantenerse fuera de la Iglesia, única institucion en que se conserva pura y sin mancilla la palabra del Salvador, única sociedad en que la Eucaristía, esto es la union del hombre con Dios, la vida en Dios y por Dios, la participacion del Verbo de Dios forma el centro del culto y el objeto mas tierno de nuestras adoraciones y afectos.

No así en las sectas separadas de la comunion Católica, porque en todas ellas se vicia mas ó menos la doctrina del Sacramento y en ninguna sin escepcion constituye como entre nosotros la vida misma de la Iglesia, ni puede constituirla, porque ¿cómo puede vivir Jesucristo entre los fieles, es decir, ¿cómo puede vivir y dar la vida cuando se niega su palabra comunicada al cuerpo docente? ¿cómo puede vivir cuando se destruye su cuerpo místico? imposible, y ved por qué carecen de vida las comuniones separadas del catolicismo, sin que haya fuerza suficiente para levantarlas de la postracion en que yacen.

Ay! el hombre no puede vivir como no tenga ideas fundadas en un sistema seguro, y como no abrigue un espíritu que se nutra de esas mismas ideas,

modelando por ellas sus relaciones y afectos. La Iglesia Católica acudió á estas dos grandes necesidades, satisfaciéndolas cumplidamente, como hoy satisfizo nuestro Salvador el hambre de las turbas que lo seguian.

Ya lo hemos visto: solamente la Iglesia depositaria de la verdad de Jesucristo y heredera de su espíritu puede proporcionarnos el alimento del alma y formar nuestro corazon conforme al modelo perfectísimo que se muestra hoy en el monte; necesario es, pues, que la escuchemos, que rindamos nuestra inteligencia sometiéndola en cautiverio en obsequio de la fé como dice San Pablo, y que nuestro corazon se llene del espíritu evangélico, amando, gustando, alimentándose de esa verdad infinita que se reveló al mundo para regenerarnos y salvarnos. Si así lo hacemos, llenaremos las miras de Dios en este santo tiempo y le ofreceremos la penitencia de nuestro espíritu, ó lo que es lo mismo, la completa sumision de nuestra inteligencia, y el homenaje purísimo de nuestro corazon naturalmente cristiano. No olvidemos que este es el único modo de realizar sobre la tierra los planes de la Providencia, porque entonces se cumplirán los designios del Señor en la sociedad humana cuando triunfe su verdad eterna sobre las miserables teorías que han inventado los hombres y cuando se apodere su espíritu de la humanidad extraviada. Pero esto no podrá verificarse si voluntaria-

mente no nos sometemos al dulce yugo de la fé, y si no abandonamos nuestras pasadas miserias para emprender el nuevo camino que Jesucristo nos abre.

Mirad que la sociedad no puede ser feliz como no abrace este partido, que de nada sirven las humanas leyes cuando el hombre se separa de la autoridad suprema de Dios; que son inútiles todos los sistemas cuando abandonan el centro de unidad que es la Iglesia, y que una vez abandonado, ni la razon alcanza á satisfacer cumplidamente los deseos de la humanidad, ni la vida de la materia puede llenar las aspiraciones sublimes, nobilísimas, que plugo al Señor grabar en nuestras almas. No se olvide nunca que la inteligencia humana vió mecer sus adelantos, sus progresos, sus verdaderos intereses en la misma cuna que el catolicismo, y que si alguna vez separándose de su madre llegó á creerse independiente, cambió sus tesoros por el polvo de las ilusiones, llamó felicidad á la desgracia, llegó á fascinarse por la imágen de su propia grandeza, concibió en su delirio la apoteosis de sus facultades, una mano invisible la detuvo en este miserable progreso, hasta que despues de una lucha empeñada entre el amor y el orgullo, la hizo sentar al pié del monte para recibir el pan de vida que hoy le distribuye Jesucristo.

Bien, cristianos; nuestro corazon ya debe estar encendido en afectos; presenciamos hoy un nuevo

milagro, no ya la multiplicacion de los panes y los pecés sino los efectos admirables de la palabra de Dios, desenvuelta en la Iglesia y por la Iglesia; este es un prodigio que en fuerza de su repeticion le sucede lo que dice San Agustin de los que obra el Señor todos los dias *assiduitate viluerunt*, á nuestra vista se han envilecido por la costumbre; pero no, no debe así sucedernos con los que obra el Salvador en medio de nosotros, con los que realiza en nuestro mismo corazon derramando en él las dulzuras que produce la fé, y apartando las negras sombras que trae consigo la descreencia. Tiempo es ya de que nos levantemos como las turbas y digamos á la faz del universo, *quia hic est veré propheta*, si, es Dios, es nuestro Salvador, es el regenerador del mundo porque Él únicamente ha satisfecho la necesidad que nos acosaba: *quia est veré propheta*. No seamos, por Dios, de los que oyendo la predicacion murmuraban, ponian dificultades á la realizacion de los misterios anunciados por el Salvador, *litigabant ergo Judei*; hé aquí el carácter de la descreencia, litigar y litigar eternamente, y litigar sin fruto alguno, porque todos los principios se pierden cuando la fe se marcha de nosotros.

Repitamos hoy aquellas sentidas expresiones que salieron del corazon del discípulo Pedro, con las cuales termina el Evangelista la narracion del Milagro, ¿á quién iremos Señor? *tú tienes palabras de vida eterna*. Católicos: este grito lo pre-

gona la humanidad todavía, sabiendo que en Jesucristo únicamente está la verdad, está la vida, y que en Él se cifra la esperanza de poseerla de lleno en una eternidad venturosa.

Amen.